

Elvira Lindo



NOCHES  
SIN  
DORMIR

Seix Barral

**Elvira Lindo**

NOCHES

SIN

DORMIR

Último invierno en Nueva York

© Elvira Lindo, Spoon River, 2015  
© Editorial Planeta, S. A., 2015  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño y composición: Miguel Sánchez Lindo  
Fotografías: Elvira Lindo  
Retoque fotográfico: Ana Zaragoza

La canción *Day Is Done* fue escrita por Nick Drake y la letra extraída que se cita en la página 102 se reproduce con permiso. © 1969 Warlock Music/BMG Chrysalis Music. La canción completa está incluida en el álbum de Nick Drake *Five Leaves Left*.

Primera edición: noviembre de 2015  
ISBN: 978-84-322-2554-3  
Depósito legal: B. 16.605-2015  
Impresión y encuadernación: Talleres Gráficos Soler  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Enero

Hace ahora diez años le conté mi vida a una psicóloga de Harvard que estaba haciendo un estudio sobre el Nest Syndrome, ese mal que aqueja a las madres cuando los hijos abandonan el nido. Aquí, en Estados Unidos, esa fecha está dramáticamente marcada en el calendario. Madres y padres saben que cuando los hijos cumplen los diecisiete, la edad habitual a la que se entra en la universidad, los perderán en gran medida para siempre. Los perderán. Mi profesora de pilates era hermana de esta académica de Harvard y, habiéndole contado mi caso, que nos habíamos venido a Nueva York dejando nosotros a los chicos en nuestro país, estaba interesada en hacerme una entrevista. Mi caso era el de una madre que abandona el nido antes que su hijo. Escribir esta frase me duele.

Aunque evidentemente era así, me sentí de pronto culpable o dolida o pillada en falta y le dije a la monitora de pilates que no tenía sentido que prestara mi testimonio a su hermana; al fin y al cabo, una madre española no abandona jamás a su hijo porque no existe una separación abrupta como ocurre en las familias americanas. Por el camino de vuelta a casa lo medité y finalmente acudí a la cita de la psicóloga. Su despacho estaba en una de esas preciosas edificaciones de no más de cuatro pisos que hay en el Upper East, frente a Central Park, en la Setenta y tantos. El lugar donde el cine nos ha hecho situar siempre a los psicoanalistas. Pero aquí no había diván sino dos sofás en ángulo. Era un espacio precioso, de techos altos y enfoscados nobles, y la psicóloga en cuestión tendría unos cuarenta y algo, era una mujer alta, muy atracti-

va, elegante, que me invitó a sentarme y colocó una grabadora en una mesa baja donde reposaban, como si se tratara de un hogar, unos cuantos libros de fotografía y un jarroncillo con flores. Más bien parecía que fuéramos dos amigas dispuestas a compartir un té.

Me habló de su proyecto y me pidió que le hablara sobre cómo había vivido mi marcha de España y la separación de mi hijo. Yo le dije, no sin antes disculparme por mi mal inglés, que no sólo me había separado de mi hijo biológico sino también de los tres de mi marido y de mi padre. Y de mis hermanos, y de mis amigos, y de todo lo que yo era, porque yo era alguien en Madrid, yo era una persona que paseaba por el centro y entraba a las tiendas a saludar a unos cuantos tenderos que me conocían de siempre, y yo iba a un restaurante y saludaba al dueño, al camarero, o al de la mesa de al lado que me había reconocido, porque en mi ciudad, le decía, hay gente que me reconoce, soy, por así decirlo, una persona popular, por aquello que escribo pero, además, porque me lo he ganado día a día, le dije, soy callejera, inquieta, y de fácil conversación.

Le conté tantas cosas respondiendo a su primera pregunta que me olvidé del motivo que me había llevado allí, y también ella pareció olvidarse, y a las dos horas tuvo que tenderme los pañuelos de papel que trajo del baño, porque no sé cómo ni por qué, tal vez porque hablaba en otro idioma y surgió de mí un impudor inesperado, hice un repaso a mi temprana orfandad, a mi primer matrimonio, a su inicio adolescente y a su traumático final, a mi embarazo solitario, a mi separación, a mi desamparo, a la radio, a mis vagabundeos solitarios por esta nueva ciudad en la que estaba desde hacía

un año, a ese marido que trabajaba en el Instituto Cervantes y que yo no veía casi, al día en que mi padre vino a mi casa de Madrid a despedirse antes de que nos viniéramos a Nueva York y, ya en el porche, cuando se iba, me tomó la cara muy fuerte con las dos manos, como hacía él por no saber controlar la fuerza cuando se trataba de dar cariño, y vi cómo se le saltaban las lágrimas y ya, sin decir nada, echó a andar. Me quedé en la puerta, mirándolo hasta que desapareció al doblar la calle, iba lento y muy tieso, tal y como andaba después de la comida del sábado, en la que solía beberse casi una botella de vino y dos whiskies con el café. Solía decirnos que a él el alcohol no le afectaba, que lo metabolizaba estupendamente, y que el tabaco le había servido siempre como sedante. Yo le llevaba la contraria por sistema, porque la defensa vehemente que hacía de sus vicios siempre tenía algo retador, aunque ahora en el recuerdo no lo concibo sin fumar.

Me pareció que en aquel momento preciso, en ese tramo de la calle por el que se marchó, despacio pero muy derecho, como suelen andar los que han bebido de más pero no están dispuestos a perder la dignidad, entraba en la vejez que llevaba años evitando, y sentí que, de alguna manera, yo le había arrojado a ella.

No sé cómo pude contar todo esto, pero monologué durante dos horas. La profesora tuvo que levantarse a cambiar de cinta. Salió a despedirme a la puerta. Ya era de noche. A la mañana siguiente, tenía un correo suyo en mi buzón: me pedía disculpas, estaba consternada, no se había grabado nada. ¿Podía volver la tarde siguiente?

Fui, pero tan avergonzada estaba por haber tenido tal acceso de impudor el día anterior, que no hice más que titubear.

Argumenté con torpeza que aunque me largara a Australia no sentiría más que el desgarró de la separación física porque sabría que siempre habría de volver a casa y que cuando volviera parecería que nunca me había ido. Y así fue, para todos menos para mi padre, que sintió de manera traumática que yo abandonaba el nido a los cuarenta y dos años. Desde el primer día, me preguntó por teléfono cada vez que llamaba:

—¿Cuándo dices que volvéis?

No supe nunca nada más de esta investigadora, ni si finalmente publicó su trabajo. Pero puede que ahí ande yo, con mi nombre y apellidos, en alguna biblioteca harvardiana, en papel y de viva voz, con mi mal inglés de recién llegada pero hablando sin descanso. Mi caso archivado, distinto al de las otras: el de la madre que se va, el de la hija que se va.

Me acuerdo de eso ahora, recién llegada al invierno neoyorquino.



Creo que éste va a ser el último invierno que pasemos en Nueva York. Antonio va a dejar las clases de la universidad. Ya no tiene ganas de dedicar tanto tiempo a enseñar y, además, no ha hecho amigos aquí, no ha sentido la Universidad de Nueva York (NYU) como un lugar cálido. No alcanzo a comprender esa aspereza universitaria. Si yo fuera profesora en un departamento de literatura y llegara a dar clase un escritor como él, al día siguiente le invitaría a tomar un café o le daría mi teléfono por si necesitaba algo. Claro que yo le doy mi teléfono a todo el mundo, y así me va. Ésa es otra.



*En el bolsillo, veinte dólares, las llaves y el lápiz de labios.*



Cierto es que en las relaciones acorto las distancias enseñada. Me ha costado entender que eso, en mi situación, es temerario. Acierto tanto como me equivoco y me hago luego un lío tratando de dar marcha atrás. Ésa es la historia de mi vida.

A Antonio fui a escucharle una noche de hace veinticuatro años en una mesa redonda sobre Bioy Casares, cenamos con él, un seductor, un hombre exquisito, y con el poeta Juan Luis Panero, al que yo miraba con espantada curiosidad por ser uno de los hermanos de aquel documental de terror, *El desencanto*. Después nos fuimos los dos a tomar una copa y ya no volví a casa esa noche. Cuántas veces me ha afeado muy cómicamente la conducta por haberme metido en la cama con un desconocido.

Volviendo al gélido ambiente de la universidad americana, parecerá que hablo de un tópico. Lo es, pero después de once años puedo asegurar que responde a una verdad. Antonio se va sin haber hecho un amigo verdadero entre sus colegas. A mí me parece frustrante. No ha sido así con los alumnos, que lo adoran, cierto que proceden todos ellos de países latinoamericanos y aún no tienen el cuerpo acostumbrado a pasear por la vida protegidos por esa burbuja que ampara y aísla a cada uno de los ciudadanos neoyorquinos. Es tanta mi extrañeza por esa frialdad en las relaciones con los colegas de trabajo que se lo comenté al profesor Maurer, el hispanista que tanto ha trabajado sobre Lorca y que es sin discusión un hombre adorable. Le pregunté, frente a una limonada el verano pasado en el Café Gijón, si era habitual que de estas experiencias académicas se saliera con tan pocos amigos (o si era cosa del carácter tímido de Antonio, me faltó añadir). Me contestó muy expresivamente con una frase: «Yo ahora

me he venido a España y no tenía con quién dejar a mi perro. Las relaciones son cordiales en torno a la máquina del café —añadió—, se puede mantener una conversación agradable».

Milagrosamente, porque no hay otra manera de explicarlo, en todos estos años yo he hecho algunos amigos. He favorecido cada oportunidad que se me ha presentado, teniendo en cuenta que no he trabajado ni he estudiado aquí, pero tenía a mi favor uno de esos entrenamientos severos a los que te somete la vida y que no aparecen jamás en los currículum, aunque debieran considerarse: una niñez errante que me obligó a desplegar todos mis encantos para hacer amigos a los pocos días de llegar a un colegio, mudar enseguida el acento, y actuar con astucia para que al poco tiempo nadie se acordara de que era la niña nueva.

Hace diez años, cuando llegué, todavía luchaba contra la soledad. Iba mendigando conversaciones por las tiendas y agradeciendo sonrisas con ese tipo de ligeras inclinaciones de cabeza del extranjero que tratan de sustituir un idioma que no se domina. Tuve momentos de mucho desamparo pero no lo compartí con nadie, salvo con Antonio y sólo de vez en cuando. No sé contar mis penas, prefiero rumiarlas con la mujer que siempre va conmigo. Hace once años, cuando llegué a esta ciudad, no imaginaba que estaría aquí once años. Ni dos. Me dejé engatusar por Antonio, que tenía entonces la piel más dura para soportar esta ciudad y esa extraña cualidad de alguna gente de pueblo que les hace más fácil el salto de lo local al cosmopolitismo. O tal vez es que los de Madrid somos más de pueblo que nadie. Pasado el tiempo, lo que son las cosas: él se ha vuelto más sensible a la dureza neoyorquina y yo me noto más resistente que cuando vine.

Soporto mejor la soledad. Soporto mejor el frío. Soporto incluso mejor la visión de los roedores (que han habitado en mi propia cocina). Soporto mejor los bufidos de los que se quejan porque, por breves instantes, les entorpeces la vida si es que andas más lento o si dudas; trato de ignorar sus gestos de mal humor. Soporto sin desesperación los retrasos y las cancelaciones de trayectos en el metro. Soporto con mejor ánimo las ausencias. Con cuatro amigos que tengo aquí me basta. A veces hasta me sobra. Y ahora, que he aprendido todo eso, es cuando estoy pensando en irme para siempre.



He vuelto al gimnasio a revolcarme en el suelo con varios kilos de más que me he traído de España, porque, al contrario de lo que les suele pasar a los turistas o a los españoles más jóvenes que vienen aquí a trabajar, a mí me resulta fácil contener en Nueva York mis ansias de comer gracias a una comida que me gusta menos y a una vida social más pobre. Vuelvo a mi gimnasio cutre de Broadway con la 106: dos pisos de un edificio que parece que se va a desplomar de un momento a otro, con unos techos donde se entrecruzan los cables viejos y cuelgan aparatos insanos de calor, aire acondicionado o ventiladores llenos de mugre. Cuando me tumbo en la colchoneta y miro al techo y siento la vibración del metro, del autobús o la que provocamos las alumnas con nuestros ejercicios, pienso que esta ciudad se mantiene en pie de milagro, que un día se vendrá abajo un edificio —éste, por ejemplo—, y empujará al de al lado y así sucesivamente, como en un castillo de naipes.

Me voy al mostrador para gestionar mi *membership* y la chica negra que me atiende, que luce un tremendo moño hipnótico y unas uñas enormes pintadas con flores, me repite como una autómatas las normas que tengo que escuchar cada semestre. Yo llevo la tarjeta de crédito en la mano, que es el rayo paralizador contra toda desconfianza americana. Mientras me cobra, miro la sala: no es un gimnasio para ver grandes cuerpos. Es, más bien, un gimnasio de la imprecisa tercera edad de este barrio. Por lo que a mí respecta, mejor. Es barato y ¡esto es el Upper West, señoras y señores! Abundan las mentes privilegiadas y los cuerpos abandonados. *Out of the blue*, una anciana que hace abdominales justo al lado del mostrador se tira un pedo tremendo. Un pedo largo, prolongado en el tiempo con redobles de caprichosa intensidad. Una percusión de *rhythm and blues*. Todo en re menor. La encargada se concentra en mi tarjeta para evitar cualquier contacto visual. En este país, mejor no hablar ni de caca ni de sexo, aunque sospecho que todo el mundo se muere por aliviar de vez en cuando esos tabúes. Me mira para que firme. La miro, sonrío. Las dos sabemos lo que sabemos. Y yo, por decir algo, porque vengo del país de Sancho Panza, porque es gracioso, bendito sea Dios, porque estoy hasta el culo de hacer como que no oigo, ni veo, ni huelo, ni siento ni padezco, le digo: «*That's life!*». La negra suelta entonces una de esas risas de las negras entre sonoras y fatigadas y, mientras voy subiendo por las escaleras a mi clase de pilates, la escucho todavía reírse, feliz, imagino, por haber compartido una ordinariez que le haya hecho abandonar por un momento la rutina solitaria de chica de mostrador. Y avergonzada también, porque la he visto ruborizarse tras su piel oscura.



Quién no lleva un niño dentro para reírse de vez en cuando de un pedo.



Ya tengo felicitaciones en mis mil buzones, mail, Facebook, WhatsApp, porque el día 23 ya ha llegado a España. Esa diferencia horaria hace que desde hace once años mi cumpleaños se prolongue durante un día y medio. Si no fuera porque ya las redes se empeñan en divulgar la celebración preferiría que fuera algo secreto, pero no se puede luchar contra los datos de dominio público. Aun así, no quiero escribir aquí los años que cumplo. No me da la gana. No los siento. No son míos. No he llegado a ningún sitio, ni quiero. No soy una mujer madura, tampoco un proyecto de vieja. Y al que me diga mañana que me conservo muy bien le tomaré una manía inconfesable durante un tiempo.

Hoy he cruzado dos veces Central Park, ese parque que es menos mío que el Riverside. Está pelado y feo, aunque Antonio dice que en invierno tiene una belleza amarronada y desposeída como de cuadro de Andrew Wyeth. Lo comprendo y lo comparto, pero aun así los árboles pelados me gustan en pintura, en la literatura o como concepto, no en la realidad. Bendigo ese momento en que la tierra muerta comienza a latir y de cualquier grieta en el asfalto brota la hierba en esta isla de naturaleza impaciente. Hoy todo era marrón y seco en el parque, menos mi corazón, afortunadamente, que a pesar de haber sumado un año late con buen ánimo.



He aquí una mujer mentalmente anclada en los treinta y siete. Ni uno más ni uno menos. Como dijo Jaime de Armiñán las Navidades pasadas, cuando su mujer, Elena Santonja, me preguntó de pronto cuántos años tenía: «¡Eso no se pregunta: Elvira está en la edad perfecta para no decirlos!». De acuerdísimo con Jaime. No es que desee ser más joven, en todo caso me gustaría porque cumplir años es acercarse al final de una vida que se me está haciendo breve, pero no estoy dispuesta a sufrir por la inconveniencia que supone superar los cincuenta. La otra alternativa es la muerte y eso lo dejo para los escritores malditos. Que se suiciden. Aunque los contumaces coqueteadores de la muerte no suelen ser valientes a la hora de quitarse de en medio. Yo, al contrario: ¡A vivir, a vivir!, que es lo que venían a exclamar las tres hermanas de Chéjov cuando decían aquello de «¡A Moscú, a Moscú!». Recuerdo que el año pasado un periodista comenzó presentándose en una entrevista como la escritora «de más de medio siglo». ¡De más de medio siglo! Menos mal que no se refirió a mí como «la escritora del siglo pasado», que en parte también lo soy.

Antonio dice que debemos celebrar mi cumpleaños en el Four Seasons; sostiene que hay que ser fieles a la tradición inaugurada ahora hace cuatro años. Y vamos. Como inevitablemente suele ocurrir en las celebraciones, hacemos recuento de la vida, decimos que parece que fue ayer, que todo parece que fue ayer, y yo le digo que mi único deseo es que en nuestro entorno no muera nadie más joven que yo. Ya sabe él a quiénes me refiero: que nunca les ocurra nada a los chicos.

En el apartado «chicos» entran hijos, hija, sobrinos, sobrinas. Y él está de acuerdo. Tras esta nube de pensamiento mórbido al que yo tengo tendencia en cuanto se hace de noche y que Antonio está acostumbrado a disipar, tratamos de imaginar cómo será nuestra vida cuando ya no pasemos los inviernos aquí, el año que viene, sin ir más lejos.

Por más que queramos tener tradiciones y sentar la cabeza, compartimos una ansiedad por el cambio que nos hace estar siempre de mudanza. Tal vez sea la necesidad de vivir más de una vida dentro de esta vida tan corta que tenemos.



Cada mañana entro a la cocina con gran prevención. No he superado aquellos días del año pasado en que vi cruzarse varios ratoncillos del radiador a la nevera, de la nevera a la mesa. Si yo vi tres, ¿cuántos había? Una pequeña manada. Nuestro edificio cuenta con un *exterminator* que hace una visita cada mes, pero como yo no podía soportar la idea de tener ratones correteando por la casa tuvimos que pagarlo de nuestro bolsillo. Hasta que la compañía exterminadora vino a hacerse cargo de la invasión pusimos en las rendijas esas planchas de papel con pegamento donde los Mickies se quedan pegados. Cuentan, dentro de todo el sinfín de historietas ciertas o no que los neoyorquinos se intercambian como los cromos en esta ciudad infestada de roedores, que cuando se quedan pegados se los puede oír chillar. Por fortuna, no sentí nada, sólo vi el rabillo negro que asomaba debajo del radiador y me sentí incapaz de recoger el cadáver y echarlo a la basura. Delegué.



Los exterminadores hicieron su trabajo y Rubiela, nuestra sin par señora de la limpieza, estuvo presente en la batalla. Me mandó un mensaje que decía: «Cazamos tres, pero como en todas las guerras, honramos la memoria de los vencidos y delante de los tres ratoncitos guardamos un minuto de silencio».



Como Antonio es muy ceremonioso, hemos celebrado mi santo yendo a tomar el brunch a un sitio que nos gusta, el Lamb's Club, un club que fue de uso privado a principios del siglo xx para gente del show business y que hace poco tiempo se reabrió como restaurante. Tiene la madera oscura y la solidez decorativa del viejo Nueva York, el aliciente de una gran chimenea en funcionamiento del siglo xviii y un grupo de música que ameniza la comida. Suele tratarse de un trío de cuerda y una cantante que interpreta *standards*. Ocurre aquí que la gente no siente la obligación de atender a una música que se considera parte del menú, así que, a menos que se trate de un club de jazz serio, donde el silencio es obligado, los músicos tocan mientras en las mesas la gente sigue con sus conversaciones. Y cuando se trata de ignorar a otro ser humano, en Nueva York se alcanza la maestría. Supongo que para los americanos es algo natural el disfrutar de una música de fondo interpretada por músicos excelentes. Pero Antonio y yo lo celebramos siempre como algo de lo que en Madrid carecemos, así que cada vez que terminan un tema, aplaudimos. Somos casi los únicos que aplaudimos, somos los aplaudidores, de tal manera que termina siendo un

# Food Morning!

SERVED FROM 6: to 12: noon MON. to

**EGGS** *any Style* POTATOES & TOAST 4

**EGGS** *Any Style* BACON, HAM OR SAUSAGE POTATOES & TOAST 6

**EGG** *any Style* BACON, HAM OR SAUSAGE 6

**CORNED BEEF HASH** *with 1 EGG* POTATOES & TOAST 6

**PANCAKES** Syrup & Butter 5  
*with BACON, HAM OR SAUSAGE* 6

**FRENCH TOAST** Syrup & Butter 5  
*with BACON, HAM OR SAUSAGE* 6

poco embarazoso que tras cada canción los músicos ignorados nos hagan una pequeña reverencia de reconocimiento con la cabeza. Al final, parece hasta que molestamos.



Dios mío, es martes, viene Rubiela. Rubiela abre la puerta a las nueve de la mañana y se la oye gritar a Loli con voz de niña pequeña: «¡Mi brujilla, mi brujilla!». Rubiela es pequeña, de un tamaño ideal para ser dueña de Lolita, tiene los ojos redondos y la mirada aguda, se parece a Giulietta Masina pero sin el aire soñador o melancólico de la actriz italiana. Rubiela es una mujer firme, autoritaria, segura de sí misma, vegana, maestra de yoga, profesional de la limpieza, jamás una chacha ni una sirvienta ni nada parecido. Rubiela viene a limpiar como una profesional, así que la casa ha de estar recogida para que Rubiela no pierda el tiempo en ordenar el espacio de dos escritores perezosos.

En perfecto estado, como soldados de un ejército ante el pase de revista, recibimos a Rubiela, que enseguida comienza a vacilarnos al peculiar estilo medellinesco, bromas sexuales de buen gusto cuando está Antonio; cuando nuestro hombre se va a la universidad, dedica un rato a mi instrucción, me imparte una lección de lo que sea: de alimentación, de medio ambiente, de remedios naturales contra cualquier contratiempo. Rubiela tuerce el gesto sin disimulo cuando ve mi gran surtido de medicinas. Lo sé, Rubiela, parecen muchas, pero es el botiquín que cada español se trae de España para salir del paso ante cualquier eventualidad. Yo creo en la farmacología.